

DISCURSO

pronunciado por el Rector de la Universidad
Prof. Dr. L. F. Cornejo Gómez,
con motivo de la inauguración del curso universitario
de 1931 a 1932.

Sr. Gobernador de la Provincia, representante del señor Presidente de la República y del señor Ministro de Educación, Sr. Jefe de Zona, señores Profesores, señoras, señores:

Cada vez que penetramos en el sagrado recinto de este Claustro, sentimos en el alma el fermento de una incansable actividad, entre las rebeldías de la impotencia, por falta de elementos, para dar vuelo a la entusiasta iniciativa, alimentada por la mejor buena voluntad, por la pureza de las intenciones, por la grandeza de los ideales; sentimos la fuerza imperativa del deber, que nos impulsa, con sus mandatos indeclinables; sentimos la necesidad impostergable, del bien, no sólo del bien espiritual, que se respira intensamente en el ambiente universitario, sino del bienestar material, que necesita la sociedad, para establecer su equilibrio; que necesita la Patria, para fomentar su progreso.

No sería consecuente, ni lógico, hablar hoy, en una universidad ecuatoriana, de los bienes que esta noble institución, ofrece, sin reserva, en sus claustros liberales, sin acordarnos de la desgracia económica, que tiene agobiada nuestra Patria; sería romper la relación natural que existe, entre los bienes morales y los bienes materiales, que cooperan, mutuamente, al máximo bienestar humano, aunque giren, dichos dones, en órbitas distintas.

Los aleteos majestuosos del arte, el soplo vivificante de la ciencia, ensanchan el espíritu humano y redoblan la energía de los pueblos. Pero las artes se enervan y la ciencia desfallece, en los países enfermos, donde las industrias no se levantan; donde se asfixia el comercio; donde la agricultura agoniza.

Presa de esa gran calamidad, se debate hoy la patria ecuatoriana, en un campo que se estrecha cada vez más, y que no vemos reducirse, sin que se intente, siquiera, romper una puerta de escape, por donde podamos salvar, de la horrenda realidad del desastre.

El Ecuador soporta, en la actualidad, una situación financiera, sino desesperada, por lo menos muy difícil, que al no resolverla, con decisión y con premura, tendrá que afrontar, durante largo tiempo, muy angustiosos y pesados días.

Paulatinamente ha venido dejándose sentir el avance progresivo del mal, que tanto daño ha causado a la riqueza privada y al bienestar público. Con toda oportunidad, se dieron las voces de alarma, pidiendo los necesarios auxilios; pero, por desgracia, esas voces se perdieron en el vacío: quizás se creyó que la situación desgraciada de la Costa, era tan sólo periférica, que no la afectaba profundamente; que era un malestar transitorio, que jamás tendría, como ha ocurrido, tan honda repercusión sobre el País en general. Sí, la ruina de Guayaquil, ha postrado a la República.

Esta es la obra de nuestra mala suerte; obra de la inexperiencia; obra de nuestra falta de preparación, que nos ha empujado hacia el desastre, y cuya enorme responsabilidad, no hay que deslindarla, achacándosela a alguien, pues de la actual situación ruinoso de la Patria, debemos confesar, que somos responsables todos, porque no hemos ejercido una acción conjunta, para estudiar las condiciones del mal, y aplicar, con oportunidad, el remedio, si acaso ese remedio existe.

Graves dificultades económicas del momento actual, que yugulan las actividades del país, penosa expectativa de un porvenir, que no presenta hasta hoy, la esperanza de una cercana y halagadora reacción.

He aquí en pocas palabras, condensado, el azaroso minuto, que vive la patria ecuatoriana.

El nuevo año escolar nos sorprende, pues, en plena lucha con la más grande de las calamidades, que pueden agobiar a un pueblo: la insuficiencia económica, cuyos estragos agita, en la actualidad, al mundo entero, dejándose sentir, más fuertemente, la agudeza de su acción, en países poco o nada preparados, para soportar una emergencia, como ocurre con el Ecuador, que vivió despreocupado y feliz, a la sombra de una única riqueza, y que hoy lo vemos taciturno y casi inerte, ante las graves dificultades que le asaltan, porque la crueldad

del destino ha marchitado la flor e intoxicado el fruto de sus grandes cacaotales.

La historia económica de la República, no ha anotado, hasta ahora, una crisis similar, a la que hoy nos domina, crisis que obstaculiza, cada vez más, el desenvolvimiento natural del país, sumiéndolo en un profundo pauperismo, cuyas máximas consecuencias, no es posible predecir.

La verde lozanía de las exhuberantes plantaciones costaneras, afianzó, en todo tiempo, la más sólida esperanza, de la riqueza agraria nacional y sus abundantes cosechas, constituyeron, siempre, el remedio heroico, de sus efímeros males.

Basta recordar, que la enorme valía de sus productos agrícolas, no dejó sentir en nuestro pueblo, los estragos económicos que sufrieron otros, en el curso de la gran guerra, que asoló la Europa. Consecuencia de esa gran conflagración es la crisis que hoy conmueve al mundo; pero nuestra situación ha cambiado: las fuerzas de ayer, están amenguadas hoy, pues el *teobroma* ese divino manjar de los dioses, ya no nutre, sino muy débilmente, nuestro organismo nacional.

Las transacciones comerciales, el desarrollo de las industrias, la evolución de las artes, el progreso de ciencia, están paralizados en la mitad del camino, sin poder continuar su marcha hacia adelante, mirando en torno, las realidades del desastre, a donde nos lleva nuestra propia apatía, y de donde no nos dejará salir la fuerza negativa de nuestra inercia.

Hemos mencionado la crisis mundial, del momento; pero hablar de ella, cuando nos referimos a nuestra amarga situación económica de hoy, es engañarnos a nosotros mismos, porque la crisis nuestra, no depende, mayormente, de aquélla, y así, cuando las grandes dificultades económicas del mundo hayan desaparecido, por completo, mediante las sabias combinaciones que restablecerán el equilibrio económico, en todas partes, en el Ecuador la situación no habrá cambiado, porque aquí no se ejercitan los medios que debieran agotarse, en acción mancomunada del Gobierno, de propietarios y pueblo, para salvar el único producto noble, que hasta hoy sostuvo, con holgura, a la Nación, proporcionando fácil y abundante pan a sus hijos.

No cabe duda, es evidente, que el agotamiento de la producción del cacao, constituye la causa directa del malestar económico del país: y por lo tanto, no admite objeciones, el deber en que nos encontramos, por propia conveniencia, de agotar los últimos recursos, para convencernos, si nuestra preciosa fuente

de riqueza nacional, tiene aún posibilidades de una franca reacción, o si está definitivamente perdida.

Las micosis, que han arruinado nuestras plantaciones de cacao, arrancando a la riqueza privada, con enorme menoscabo de la pública, una fuerte suma de millones anuales, se las mira con terror; se habla insistentemente, de su acción devastadora; pero no sabemos, hasta hoy, que se haya puesto en práctica, que se haya ensayado, siquiera algún medio científico para combatir las.

Existen en nuestra biblioteca, uno que otro informe, de importancia técnica, desde luego, en que se describe la enfermedad del cacao, que nos ocupa, y se enumeran los procedimientos empleados en otras partes, para extirparla; pero aquí no se ha llegado a experimentar tales métodos, y no sabemos, si en nuestra zona serían o no eficaces.

El empirismo atribuye el origen de la enfermedad del cacao a condiciones especiales, telúricas y atmosféricas, a que están sujetas estas regiones. Recordemos que así se decía de la fiebre amarilla y del paludismo, que eran originarias de las zonas tropicales, y cuando se hablaba de saneamiento; de posible extirpación de tan terribles flagelos, se solía decir, que para extirparlos, sería necesario cambiar las condiciones naturales del trópico.

Nada más erróneo!

La ciencia ha demostrado, prácticamente, que en la zona tropical puede garantizarse la salud, lo mismo que se hace en los lugares más saludables del globo y que el hombre puede vivir hoy, en el clima caldeado del trópico, sin temor a la fiebre amarilla y al paludismo, que durante largo tiempo, constituyeron su mortífero patrimonio.

Para alcanzar este prodigio, fué necesario, que Inglaterra movilizara en la India, una división de hombres de ciencia, a las órdenes de un Ross, para salvaguardar la vida de los hombres, que sostienen su riqueza, en esa enorme y productiva colonia; que los Estados Unidos, destacara un ejército de sanitarios, bajo la dirección de un Gorgas, para limpiar la insalubre Cuba y salvar de la muerte a los doscientos mil excavadores, del gran canal istmeño, que había de afianzarles su omnipotencia en el mundo.

Abracémonos de las grandes enseñanzas dadas por esos pueblos titánicos, y aunque pequeños, realicemos, alguna vez, un gran esfuerzo, digno de anotarse; hagamos en nuestras plan-

taciones enfermas, lo que hicieron los ingleses, con el paludismo, en la India; lo que hicieron los norteamericanos, con la fiebre amarilla en las Américas.

El Ecuador, país incipiente, país pequeño, a quien la ruina asedia, en la actualidad, tan de cerca, y en forma tan aplastante, necesita por instinto de propia conservación, hacer un esfuerzo supremo y despejar a toda costa, el horizonte económico, que lo encierra, con severas amenazas de tormenta.

Se puede asegurar que la crisis del cacao, constituye, por sí sola la crisis económica del Ecuador.

Si el cacao, pues, pudiera salvarse, se habría salvado la República.

Esta es la situación.—¿Cuál el remedio capaz de devolvernos el bienestar perdido?

Dejemos la palabra a los técnicos, que son los únicos capacitados para estudiar, debidamente, el mal y enseñarnos los procedimientos, de acción más eficaz que pudiéramos emplear, para extirparlo.

Y es el Gobierno, siempre dispuesto a velar por los bienentendidos intereses de la Nación, y son las instituciones, siempre prontas a coadyuvar, en todo cuanto se refiere al bien común, y son los propietarios, que sufren ahora, directamente, los efectos del mal, y son los ciudadanos, y es el pueblo, en masa, quienes de común acuerdo, deben emprender en la gran cruzada de la rehabilitación agrícola, que salvará al país, de la tremenda crisis económica, que hoy lo agita, con trazas de desastre.

Dejemos la palabra a los técnicos, y para ello quizás sería lo más práctico, la venida al Ecuador, de una misión, formada por especialistas, en los distintos ramos de la gran ciencia agrícola; misión que debiera contratarse de Gobierno a Gobierno, en los Estados Unidos o en Europa, para mayor seguridad de la alta preparación científica y práctica, de cada uno de sus miembros. Los prolijos estudios que verificara, en el terreno mismo, esa misión de expertos, bajo la dirección técnica de un profesor de indiscutible competencia, facilitaría el camino, para llegar a la solución de nuestro difícil problema agrario.

El Ecuador, que podemos considerarlo como un país agrícola, ya que actividades de este orden, le proporcionaron, hasta hoy, una modesta riqueza, debe dedicar todas sus posibles energías, al desarrollo de la agricultura, para impulsarla por mejores y más prósperos derroteros, salvándola, en el futuro,

de nuevas calamidades, con la implantación de medidas sanitarias, que tienen una evidente eficacia, cuando son oportuna y técnicamente empleadas.

Me he permitido abordar este importante tema de actualidad, en el solemne acto de la inauguración del curso universitario, porque la Universidad se encuentra en el deber de intervenir, en situaciones tan graves, como la que hoy conmueve a la Nación, tocando, siquiera, a somatén, para que el Gobierno, instituciones y pueblo, aúnen sus energías, y redoblen sus esfuerzos, hasta salvar, definitivamente, a la Patria, de la gran catástrofe que la amenaza.

Con los antecedentes ya expuestos sería inconducente extenderse en las explicaciones y detalles, de las serias dificultades que habrá de sufrir la administración del Plantel, ante la estrechez de recursos a que, se verá sujeta en el año actual, en virtud de las deplorables condiciones económicas que atravieza el País.

El Congreso de la República, que siempre prestó franco y decidido apoyo a nuestra Universidad, se ha visto obligado en fuerza de las circunstancias, a reducir su modesto Presupuesto, en las partidas pertinentes a Gastos Varios.

Así, pues, que apenas podremos sostener, más no incrementar, como hasta aquí se ha hecho, y como lo exige el dinamismo de una institución que evoluciona activamente, las múltiples dependencias con que cuenta hoy nuestra Universidad.

Estudiadas las mejores condiciones en que puede establecerse la Escuela de Veterinaria en la Universidad de Guayaquil, ya se habían iniciado gestiones para contratar en el exterior, los servicios de un técnico, a quien le sería encomendada la organización de dicha Escuela, con el carácter de Director y con el compromiso de dictar la cátedra de Anatomía Comparada. Cuando estas gestiones tocaban a su fin, y cuando nada nos hacía dudar, de que la Escuela de Veterinaria, principiaría a funcionar, en el año escolar que hoy se inaugura, un golpe de muerte hirió las aspiraciones de la juventud estudiosa y del público en general, que, con tanto entusiasmo se aprestaba a recibir el beneficio, que habría de reportarles el estudio de la importante ciencia, que se iba a crear en nuestra Universidad. La partida destinada a la Escuela de Veterinaria, había sido integralmente suprimida. Grave contratiempo éste, que implica, por lo menos,

un retardo, una espera, quizás no de larga duración; más nunca un desaliento para los dirigentes de la Universidad, que prometen agotar todos los esfuerzos posibles, hasta ver realizada esta vehemente aspiración general.

La construcción del hermoso edificio de la Escuela de Medicina, no ha sufrido, hasta ahora, retraso alguno, a pesar de ser tan pequeños y de haberse reducido, en este año, aun más, los recursos con que se cuenta para impulsar dichos trabajos. Uno de sus grandes pabellones, se levanta ya gallardamente, mostrando la importancia monumental del gran edificio, donde habrá amplio campo, para profundizar los estudios de la difícil ciencia médica.

Una vez más se ha sentido en los claustros universitarios, la honda pena, de ver desaparecer a uno de sus viejos y más prestigiosos maestros, que tanto brillo les diera, con su sabia actuación en la cátedra, nutriendo el cerebro de la juventud, con sus sabias enseñanzas.

Recientemente abierta está la tumba donde descansa, después de larga y severa lucha, el eminente Profesor y ex-Rector de esta Universidad, doctor don Bartolomé Huerta. En nuestros claustros, se mantiene vivo el recuerdo de su amor a la Universidad, a la que dedicó, en sus mejores tiempos, todas sus lozanas energías; fresco perdurará el recuerdo en el corazón de sus discípulos, del decidido empeño que desplegó, constantemente, por impulsarlos en la senda del deber, y de la ciencia.

Nada más oportuno, que este acto solemne, para dedicar un recuerdo, al querido maestro, y os ruego ponernos de pies, como homenaje de respeto y gratitud a su memoria.

Declaro abierto el curso universitario de 1931 a 1932.